

Tiempo de Brillar

Por: Mónica R. Minor

CAPÍTULO I *SABIDURÍA INTERIOR*

“La voz del alma surge, el universo se hace presente para hacer el llamado”

¡Mi vida es perfecta! Todos mis sueños realizados, no me hace falta nada. Todo aquello que soñé y proyecté, hoy lo veo materializado y lo disfruto. Tengo 35 años, he formado una hermosa familia, compuesta por dos hijos y un marido ideal. He construido la empresa de mis sueños y hoy es muy exitosa. Vivo en un lugar paradisíaco, con un estatus económico bastante cómodo. Mi familia directa (padres, hermanas, primos y tíos) también viven aquí y nos reunimos constantemente, convivimos y compartimos en amor.

En realidad no puedo pedir más. Lo tengo todo.

Y de pronto, algo cambió dentro de mí.

Seguro me llamarás loca, pero en mi mundo se llama certeza.

Hace algunos años, sentí la imperiosa necesidad de conocerme de manera más profunda; algo dentro de mí me decía que tenía que voltear a verme, sabía que tenía que empezar a ir hacia adentro. La voz de mi alma empezó a resonar, al principio con un tono muy suave, bajito, apenas perceptible y, posteriormente, se fue haciendo más fuerte, lo que me llevó a poner atención a lo que escuchaba y veía a mi alrededor, era como ir descifrando un mensaje oculto entretejido entre las redes de mi existir. Fue así que me di la oportunidad

de disfrutar diferentes experiencias de vida que me ayudaron a ir identificando aspectos de mi personalidad, de mi mente, de mi alma y de mi espíritu.

Hasta mis 28 años sobreviví; viví mi día a día sólo reaccionando a los estímulos del exterior. Un manojo de emociones, pensamientos y sentimientos inconscientes que me hacían reaccionar de acuerdo a lo que se me presentara en el momento. Si algo me gustaba y me hacía sentir cómoda, todo perfecto; si algo no me gustaba, me enojaba y actuaba de acuerdo a la emoción, creyendo firmemente que estaba en mi derecho de hacerlo y, por ende, que yo tenía la razón, por lo que no cabía dentro de mí la posibilidad de reaccionar de manera diferente. El enojo fue uno de mis mecanismos de defensa más utilizados para manejar “satisfactoriamente” las situaciones de mi vida. A través de éste, me engañaba a mi misma creyendo tener el control de muchas cosas a mi alrededor; a través del enojo no dejaba que alguien se metiera en mi vida ni que se atreviera a darme algún tipo de sugerencia no pedida; lograba (según yo) que las cosas se hicieran a mi manera en la mayoría de los aspectos de mi hogar; conseguía (en mi ilusión) que se siguieran mis órdenes al pie de la letra en mi empresa; en muchos aspectos sentía tener el control a través de esta careta. Ésta llevaba consigo un atisbo de frialdad, de dureza, de poca empatía y sensibilidad. Pero como todo me funcionaba bien en general, no era consciente de que podía existir una mejor manera de conducirse en la vida. Yo y mi inconsciencia; pensé que así era la vida. Mientras yo estuviera bien, los demás me importaban poco; en mi existencia éramos sólo yo y los que cupieran en mi “burbuja de color rosa”. Pero como el Alma es sabia, empezó a llamarme suavemente. Se despertó en mí una curiosidad muy especial por voltearme a ver, para ir identificando de manera consciente las características particulares de mi personalidad en primera instancia. Surgieron preguntas en mi cabeza tales como: ¿Cómo soy, cómo actúo, cómo me perciben

los demás, cuáles son mis talentos y habilidades, cuáles mis debilidades y defectos de carácter?

En esos días de cuestionamientos personales, llegó a mi vida una serie de talleres de superación personal, a la que denomino, “la puerta a mi despertar espiritual”. En ellos pude ir desenmarañando la madeja de emociones, pensamientos y creencias limitantes, que habitaba en mi subconsciente. Descubrí mi personalidad; aquellas formas de ser y actuar ante las diversas experiencias de vida de las cuales no era muy consciente. Me topé de frente con dolores acumulados y guardados muy profundo. Al reconocerlos, los acepté y los liberé siendo sanada gran parte de mi relación con mi madre y con mi padre -grandes maestros en nuestro existir- y, de igual manera, sané la relación conmigo misma, perdonando y perdonándome por haberme dejado de ver. Pude quitarme varias capas protectoras que, si bien me ayudaron a no sentir más dolor, a la vez me impedían entregar el amor que existía en mi interior, lo que me hacía ser tan fría y calculadora en algunos aspectos. Las experiencias vividas durante nuestra infancia son ideales y perfectas para nuestro desarrollo y evolución como seres humanos; muestran su máximo potencial en nuestra vida cuando nos sumergimos en nuestro corazón para sanar el dolor generado a partir de algunas de ellas, de lo contrario, el dolor no comprendido se convierte en enojo, depresión, soberbia, prepotencia, desdicha, y muchas otras emociones que nos alejan del amor, de la paz y la dicha que componen nuestra esencia verdadera. Así inicié mi camino de transformación, yendo cada vez más profundo para ir descubriendo nuevas áreas por sanar, dolores que liberar, creencias que eliminar o modificar.

De pronto sucedió un evento que me cambió mi perspectiva de vida por completo.

Me enteré que dos años atrás mi esposo había roto con un acuerdo de pareja sumamente importante para mí. En ese momento la burbuja rosa se rompió en mil pedacitos. Todo lo que yo consideraba que era la vida, de pronto se desmoronó. Creía fielmente en que el matrimonio es para toda la vida, que como ya tenía a mis dos hijos, la empresa que nos permitía vivir cómodamente, un esposo que me amaba y yo a él, ya estaba todo resuelto. Duro fue darme cuenta de cuán frágil es la vida; en un segundo todo puede cambiar y todos los planes que tenía al momento, podían desaparecer así, en un abrir y cerrar de ojos y sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Inmadurez...

La situación generó un gran dolor en mi interior; me sentí defraudada, traicionada, devastada y, principalmente, desesperada pues no sabía qué hacer, cómo reaccionar; experimenté mucha incertidumbre al no saber qué seguía después de esto. Fue enfrentarme con una experiencia que no estaba evidentemente en mis planes y, por tanto, no sabía cómo manejar ni qué desenlace tendría al final. Yo, acostumbrada a tener todo “bajo control”, planeado y organizado para que se logaran alcanzar los objetivos establecidos en mi cabeza, sentía desfallecer ante una situación completamente inesperada y nueva para mí; ni siquiera nunca antes había imaginado que me pudiera pasar, ahora vivirla en carne propia y de manera súbita, fue muy fuerte. Por una parte mi corazón no quería terminar con la relación pues amaba profundamente a mi esposo, mi ego tampoco quería terminarla pues no quería romper de lleno con toda la comodidad y tranquilidad que me daba mi matrimonio y, por otra parte, mi mente dándome órdenes de terminarla pues no podía permitir que se me faltara al respeto de esa manera, según yo. Al no ser cubiertas mis expectativas, mi mente me atacaba con pensamientos como: “En cualquier momento volverá a romper cualquier acuerdo establecido”, “No puedes confiar en él”, “Ya no vale la pena continuar”, etc. Mi

mente con millones de pensamientos de defensa y mi corazón rogando para que mi esposo llegara y me pidiera perdón y todo regresar a la normalidad.

Esa situación tan dolorosa, al final trajo mucha luz a mi vida. Así confirmé en mi propia experiencia, que todo siempre sucede para nuestro más alto bien, aunque al principio no logremos verlo y pensemos que es lo peor que nos ha pasado.

Siempre, desde que tengo memoria, he pedido guía y ayuda a mi Poder Superior, para tomar las decisiones más acertadas para mi bien y el de los demás y en esta ocasión no fue la excepción. En medio del dolor, pedí guía para saber lo que tenía que hacer y el universo se me presentó de una forma extraordinaria. Me envió un mensaje -a través de una nota escrita en un pequeño libro- tan claro y específico, que no me cupo duda en tomar la decisión de perdonar la situación y amar más que nunca a mi esposo desde lo más profundo de mi corazón.

Recuerdo estar en el sofá llorando un día después de la discusión, en medio de la lucha campal entre mi mente y mi corazón, cuando me dirigí a mi Divinidad para pedirle su ayuda. Con los ojos cerrados solicité que me enviara un mensaje claro y contundente que me marcara el camino a seguir en esta situación, pues yo no lograba tener claridad para tomar decisiones sabias y certeras en ese momento. Al abrir los ojos, mi atención fue atraída como por un imán muy poderoso; un libro que estaba entre varios frente a mí. Lo tomé entre mis manos, volví a cerrar mis ojos y de nuevo pedí que se abriera en la página que me diera alguna señal. Al abrirlo, el mensaje que estaba escrito en la página mostrada fue el siguiente:

“Solo por hoy nada temeré. Si se me nubla la mente con temores desconocidos, averiguaré su origen y descubriré su irrealdad. Recordaré que Dios está a cargo de mí y de los

míos, y que solamente tengo que aceptar su protección y guía. Lo que sucedió ayer no debe preocuparme hoy. Hoy es un nuevo día y puedo lograr que sea bueno solo con mi forma de pensar acerca de él y con lo que puedo hacer con él. Si vivo solamente el día de hoy, no tendré tan fácilmente temores de lo que pueda ocurrir mañana. Si me concentro en las actividades del día, no habrá lugar en mi espíritu para la inquietud ni la preocupación.”“Un día a la vez en Al-Anon”. (1997). Ed. Al-Anon Family Group Headquarters, Inc.

Al leerlo, sentí como si se abriera una cortina de humo que estaba frente a mí, permitiéndome ver la situación con mayor objetividad, pues el cúmulo de emociones cegaban mi visión. Esas palabras fueron un bálsamo para mi alma. Entendí tan claro el mensaje que me estaban transmitiendo, que sin duda alguna decidí perdonar y avanzar. Supe dentro de mí que no habría razón por la cual tuviera que preocuparme, que todo en realidad, estaba bien.

Después de eso, nuestra relación se fortaleció exponencialmente. Pasamos a un nivel de relación más elevado, nos compenetramos con más amor. Nuestras almas se fusionaron de una manera inimaginable. Fue como si la situación nos ayudara a quitarnos capas de protección y pudiéramos abrir más francamente el corazón; de esta manera, compartíamos de manera más transparente y honesta, mostrando nuestro Ser más puro, más real, sin miedo ni reservas, entregándonos abiertamente, dando lo mejor de cada uno día tras día. La experiencia también fungió como una resortera en nuestra vida sexual; nos tiró para atrás sólo para lanzarnos a un nivel más profundo, regalándonos experiencias de placer y unión energética potencialmente altas. En definitiva, nuestra relación de pareja evolucionó enormemente.

A partir de lo vivido, fui consciente de que un evento o una situación que pudiera parecer triste, dolorosa, “negativa” al principio, llega a ser al final todo lo contrario.

Siempre tendemos a juzgar todo; si esto es bueno, si es malo, si es incómodo, si tal o cual cosa me hacen sentir bien, si aquello me lastima, etc. Todo ello existe sólo en nuestra mente, no proviene del Ser. Es este último el que nos permite vivir desde nuestra esencia real y verdadera; ahí es donde somos amor y nada más, pero constantemente nos encontramos viviendo fuera de este estado pues la mente, a través de los múltiples pensamientos generados, crea un sin fin de emociones internas, mismas que bloquean nuestro campo de visión, nos nublan la vista y sentimos en ocasiones, que el problema por el cual estamos atravesando es enorme, cuando en la realidad, es un simple obstáculo fácil de superar. Cuando somos conscientes de ello, nos convertimos en meros observadores de nuestros propios pensamientos y así podemos separarnos de éstos para que no nos afecten, para que el sufrimiento que pudieran traer esos pensamientos - emociones se diluya y desaparezca y podamos actuar desde nuestro centro con firmeza y seguridad.

Al dejarme guiar por la sabiduría universal, mi sufrimiento se desvaneció y me dejé arropar por la cálida manta de amor con la cual todos estamos cubiertos, sólo es cuestión de pedir ayuda y ésta se manifiesta mostrándonos sus hermosas bendiciones.

Es así que mi alma empezó a tocar la puerta de mi ego; mi percepción de la vida se empezó a transformar. Lo que creía que era una verdad absoluta, dejó de existir. Había aprendido, antes de esta situación, que lo importante en la vida era buscar la seguridad; ir a la escuela, estudiar una carrera (si tienes suerte, una que haga feliz a tu corazón), casarte con un buen hombre, formar una linda familia, tener una buena posición económica y hacer todo lo que esté en tus manos para mantener todo aquello que te da la “seguridad”

anhelada. A partir de la experiencia vivida, entiendo que en nuestra vida todo es cambio, todo está en movimiento, porque lo que se estanca se apesta. Hay que valorar y, sobretodo, agradecer en todo momento, por todo aquello que estamos viviendo al día porque no sabemos cuanto tiempo estará, ni cuanto durará. El ser conscientes de que nada es para siempre, que todo se transforma, nos da la maravillosa oportunidad de trabajar también en el desarrollo del desapego; aferrarse a personas, cosas o situaciones por mantener el grado de “felicidad” alcanzada, conlleva al sufrimiento inequívocamente. Saber que hoy me encuentro en cierta situación, compartiendo con determinadas personas, pero que mañana puede ser diferente, me libera y me permite disfrutar al máximo dando lo mejor de mí, pues tal vez ya no haya otra oportunidad. Simplemente el hecho de ser conscientes de que moriremos, independientemente si sea mañana, dentro de 3 años o de 30, despierta en nosotros el interés por aprovechar nuestro tiempo lo más que se pueda, estableciendo nuestras prioridades de manera muy específica; así seguro no desperdiciaremos el tiempo en discusiones absurdas, en enojos bobos, en rencores infundados y fuera de sentido, abriéndonos paso a vivir una vida más liviana y ligera, sin necesidad de tener la razón constantemente, sin pelear por cualquier cosa, dejando pasar las cosas sin relevancia, sólo poniendo nuestra atención e invirtiendo nuestra energía en aquello de gran importancia en nuestro existir.

Lo que nos pasó, el sentir por un momento que ya no estaríamos más tiempo juntos, y darnos después la oportunidad de seguir con nuestro matrimonio, nos hizo valorarnos y nos impulsó a poner en la relación, todo el amor que teníamos dentro, así lo saboreamos de manera muy especial. Es como si te gusta mucho el chocolate y de pronto te dicen: “el chocolate desapareció del planeta, ya nunca más podrás comerlo”; tu ser entra en shock, te

causa un dolor profundo pues lo amas en realidad. Al cabo de unos días, te dicen: “ok, está bien, pasaste la prueba, estás listo para seguirlo comiendo”. Te aseguro que en ese momento disfrutarás del chocolate mucho más que antes, valoras su presencia en tu vida con más fuerza, lo que te permite reconocer aún más su delicioso sabor. Y en ese nuevo degustar, decidimos enfocarnos en gozar nuestro momentos juntos el tiempo que durara.

Aprendí con esta experiencia que mi sufrimiento provenía de mis expectativas no cubiertas y de creencias limitantes establecidas en mis años de infancia; a partir de ellas, juzgué la situación como “mala y perjudicial” para mi ser. Al momento de aceptarla tal cual se presentó, dejé de crear pensamientos problemáticos al rededor de ésta, y ello me regresó a mi estado de tranquilidad interior perdido.

La felicidad es un estado, no un fin, y la aceptación es una herramienta que nos ayuda a permanecer en éste. Aceptación es no resistirse a las situaciones y/o emociones vividas; es fluir en cada experiencia sabiendo que todo tal cual es, es de la manera perfecta que tiene que ser de acuerdo a la voluntad divina; aquella que sabe qué es lo mejor y más conveniente para cada uno de nosotros. Nuestra visión en esta experiencia humana es muy limitada, es de corto alcance. Nos basamos principalmente en la información proveniente de nuestros cinco sentidos; aquello que vemos, sentimos, olemos y escuchamos principalmente. Dicha información recaudada por éstos, pasa por un filtro personal de interpretación. Ese filtro está compuesto por experiencias personales, creencias limitantes, educación familiar, escolar y social, y características personales básicamente. De ahí que una misma realidad es diferente para cada persona, pues ésta será percibida e interpretada de acuerdo a cada filtro. Es como si cada uno tuviera puestos unos lentes hechos especialmente a su medida y, de los cristales con que están hechos, dependerá la interpretación que se haga de la realidad vivida. Es por ello

que nuestra percepción se aleja en gran medida de la realidad mayor. Nuestra interpretación es sólo una mínima parte de la verdadera, así que, con tan poca y limitada visión ¿cómo podemos tomar decisiones acertadas? Es aquí en donde la aceptación, la rendición, la fe y la certeza en el Plan Divino juegan un papel fundamental en nuestro estado de dicha y plenitud, brindándonos una tranquilidad inigualable. La plena confianza en que estamos guiados, protegidos, cuidados y acompañados en nuestro camino de evolución, nos permite andar con seguridad, disfrutando libremente a cada paso.

En los años siguientes fui escuchando con mayor atención a la voz de mi alma. Busqué información que me llevara más adentro de mí; sabía que tenía que ir develando lo realmente verdadero. ¿Quién soy en realidad? ¿A qué vine a este mundo? ¿Qué siento y por qué lo siento? ¿Qué enseñanza me trae determinada situación a mi vida? “Seguro hay mucho más allá de lo que alcanzo a ver”, me decía.

Leí libros, seguí tomando talleres de desarrollo personal, viví experiencias de enfrentamiento conmigo misma. Todo esto me acercó de lleno al camino de la espiritualidad, entendiendo ésta como aquella parte de nuestra consciencia no materializada que está íntimamente conectada a algo más grande que nuestro cuerpo físico.

Después de haber identificado cómo vivía atrapada cumpliendo los roles sociales que yo había decidido jugar, detrás de las máscaras que mi ego me hacía creer que era mi personalidad, salté a un nivel más profundo. Tomé un taller llamado “Sanando al sanador”; en él tuve la oportunidad de que mi ser real se manifestara libremente.

Por años, viví portando la máscara de la mujer perfecta, aquella que tenía un comportamiento “impecable” en toda ocasión. Yo, madre de dos hijos, esposa y directora de una empresa exitosa, no podía darme el permiso de gozar la vida plenamente. Era recatada,

sería, en extremo organizada y poco tolerante, no podía salirse nada de su lugar. Tenía que tener una imagen acorde a mis roles, no podía “perder la compostura”. Si bien disfrutaba de los momentos de alegría, como el compartir una rica comida familiar, viajes a lugares lindos, logros profesionales, juegos con mis hijos, escapadas maritales, un café con amigas, no me daba el permiso de bailar libremente o reírme a carcajadas hasta llegar a las lágrimas constantemente. Vivía limitada de gozo pleno, límites impuestos principalmente por mi ego, a partir de creencias limitantes adquiridas a lo largo de mi vida.

En dicho taller de cuatro días, me re-descubrí. Permití que mi ser, aquel que no usa máscaras ni juega en ciertos roles, fuera libre.

Recuerdo que hicimos una actividad a través de la cual teníamos que bailar con los ojos cerrados sintiendo la música del tambor; al inicio de la música empecé a moverme cautelosamente, de manera muy reservada, pues mi ego me sabotaba -aún sin ser consciente de ello- invadiéndome un sentimiento de vergüenza, de pena, que me impedía moverme en realidad. Estaba totalmente contenida. Al empezar a sentir el retumbar de los tambores en mi interior, mi alma fue floreciendo, se fue despertando a través de movimientos naturales en mi cuerpo; el alma empezó a callar al ego, su energía sutil resurgió dentro de mí motivándome a moverme cada vez con mayor libertad, expresando su verdadera esencia. Cuando menos cuenta me di, yo estaba bailando libremente, experimentando un gozo sin igual, una alegría innata, verdadera, una dicha proveniente de lo más profundo del ser. Experimenté múltiples sensaciones, todas sanadoras; me sentí un águila real volando en lo alto de las planicies; un jaguar caminando al rededor de una hoguera mostrando y compartiendo todo su poder; dance con mis ancestros honrando la sabiduría cósmica; volví a ser una diosa bailando con mis hermanos dioses. Fue una

experiencia inolvidable y extraordinaria, sentí como si hubiera sido la primera vez que realmente bailara y danzara en toda mi vida. Me sentí totalmente libre. En ese momento no era ni madre, ni hija, ni directora, ni esposa, sólo era YO. La pena desapareció y en su lugar se presentó el poder interior, la fuerza, la vitalidad que me regala la dicha de existir.

Después de reencontrarme de frente con mi alma, tuve la oportunidad de ir más adentro. Fue la primera vez que reconocí la energía de la cuál estamos hechos. Aquella energía que da vida a todo lo creado, a todo lo manifestado en nuestro plano terrenal, y que vive en cada una de nuestras células, alojada gran cantidad de ella en la base de nuestra columna vertebral. A través de la práctica de ciertos ejercicios, pude experimentar la elevación de ésta por el conducto energético que se encuentra ubicado en la parte posterior de nuestra columna vertebral, denominado Sushumná, tocando en su paso cada uno de nuestros centros energéticos llamados chakras. La sensación que produjo dicha energía dentro de mí, me recordó mi esencia real, aquello que Sí Soy más allá del cuerpo físico, los sentimientos y pensamientos, características personales, habilidades, etc. Recordé -pues esta sabiduría habita en nuestro ser, sólo es cuestión de conectar con ella para recordarla- que somos energía cargada de un gran potencial creador, fuimos hechos de la misma energía con la que se creó la naturaleza. La misma perfección que podemos observar en nuestro planeta Tierra, en cada flor, en cada ser vivo, en el proceso de creación, la encontramos en nosotros mismos. El cuerpo es increíblemente perfecto; funciona de manera perfecta para permitirnos vivir esta experiencia. Y aún más perfecta es la energía que da vida a todo; experimentarla dentro de mí me introdujo a una nueva manera de vivir la vida, desde una perspectiva y posición diferente. Pude observar esa energía en todo y en todos, lo que me ha permitido ver más allá de mi primera impresión e interpretación en cualquier situación. Y, al

despertar mi energía y elevarla hasta mi coronilla, conecté con mi Poder Superior de una manera extraordinaria.

Ya casi al final del taller, recuerdo que había un altar con velas, flores, fruta, incienso, cristales y algunas estatuillas de Arcángeles, tomando el lugar principal el Arcángel Miguel. La actividad consistía en pasar frente al altar y agradecer por lo vivido en el taller. Cuando estaba yo en la fila para pasar, me preguntaba ¿y qué voy a hacer cuando sea mi turno? Para entonces yo no creía en nada, no tenía religión (sigo sin tenerla), por lo que no creía en Jesús, ni la Virgen María, y mucho menos en ángeles; para mí solo existía Dios como Padre Creador Universal y nada más. Al momento de mi turno, me hincó para hacer la reverencia correspondiente y lo que sucedió fue algo mágico. Con mis ojos cerrados, en cuanto mi frente toca el suelo, justo en el centro de mi cabeza se me presenta un triángulo con el pico hacia arriba, luego otro igual y un tercero encima; inmediatamente aparece un triángulo con el pico hacia abajo postrándose justo arriba del triángulo triple, formando una hermosa y brillante Estrella de David o Merkaba (en ese momento no sabía de la existencia del Merkaba). Su aparición en mi frente fue impactante en verdad, me dejó sin palabras, experimenté una sensación de plenitud inexplicable. Fue la primera vez que tuve visiones tan claras y marcadas.

Todo lo vivido me abrió un mundo inexistente para mí hasta entonces. Se recorrió una cortina frente a mí permitiéndome percibir una nueva realidad; una en la que la mente no tiene cabida, en donde la energía se manifiesta recorriendo cada parte de nuestro cuerpo y de nuestro ser, conectándonos de esa manera con lo real, disolviendo así la ilusión.

A partir de esa experiencia, el universo me ha dado la oportunidad de seguir haciendo contacto con su sabiduría, misma que habita en nuestro interior aún sin que nosotros

seamos conscientes de ella. Dicha sabiduría se expresa a través de la voz de nuestro corazón, ahí donde habita el alma, el ser real, aquella gota de poder universal que reside en nuestro cuerpo físico para poder experimentar y disfrutar esta maravillosa experiencia a la que llamamos vida.

Aprendí a escucharla cada vez con más certeza y seguridad. Por su parte, la mente hace su trabajo en todo momento, no tiene descanso, así que constantemente me atacaba mandándome pensamientos de incertidumbre en cuanto a la veracidad de esa voz interior, pero el universo es tan sabio, que se comunica conmigo de diferentes maneras. Me llegan mensajes a través de un libro, de una persona, de una película, de alguna canción, de alguna conferencia, taller, evento, experiencia; en fin, de muchas maneras posibles, sólo es cuestión de poner atención, de confiar en que me están guiando a cada paso y ser consciente de que no hay coincidencias; jamás pasa algo por casualidad. Los mensajes se presentan -por lo general, dos o tres veces seguidas y por diferentes vías- para corroborar que la información que tu alma te expresa, principalmente a través de la intuición, es correcta y que el camino a seguir es por ahí, por donde te marcan.

Al hablar de la voz del alma o la voz interior, me refiero a aquello que se presenta a través del primer pensamiento que tenemos respecto a alguna situación determinada; no es una voz diferente a la tuya, no creas que se escucha como a un ser supremo con voz grave hablándote tan fuerte que hace retumbar tu cuerpo; para nada. Es aquella sabiduría que tu alma te expresa de primera instancia pero, por lo general, al instante empieza la mente con miles de pensamientos que boicotean esa primera idea y entonces nos dejamos llevar por ella. Si no estamos atentos, haremos caso de los siguientes pensamientos más que del primero, porque la mente te dirá que actúes de acuerdo a lo que tu lógica te diga y esta idea

está muy reafirmada por nuestra educación, nuestra sociedad. ¿Qué decimos normalmente cuando estamos tratando de tomar una decisión o en busca de una solución a una problemática? “Lo lógico sería...” y eso es lo que hacemos. Nuestros padres, pareja, amigos nos dicen: eso que piensas no tiene lógica, no es por ahí definitivamente. Pero esto está tan alejado de la verdadera sabiduría, como no te lo puedes imaginar.

Es justo aquello que no tiene lógica lo que te conectará con tu potencial, te permitirá experimentar lo que tu alma necesita para su evolución y desarrollo, mismo que se verá manifestado en aumento de dicha y plenitud interior.

Este conocimiento llegó a mi vida en un momento crucial.

Después de varios años de re-descubrimiento personal, sanando a mi ser, conectando con mi alma, identificando mis pensamientos y acciones provenientes del ego, empecé a sentir que era momento de divorciarme. Sí, de divorciarme sin tener claro el por qué. Mi matrimonio en general era bueno, compartíamos gustos e intereses; coincidíamos en la mayoría de los aspectos en relación a la educación que queríamos darles a nuestros hijos; en nuestra empresa aprendimos a hacer un excelente equipo, al igual que para los viajes; como en toda relación en ocasiones habían discusiones y diferencias pero nada de lo que hubiera por qué preocuparse en demasía. En realidad teníamos todo lo que se hubiera podido soñar, una buena relación, unos hijos de muy buen corazón, tranquilos, sin ninguna situación que nos quitara la tranquilidad, buena salud, buena situación económica, un lugar lindo para vivir, familia cercana y muchas más bendiciones.

De pronto, y sin razón aparente, empecé a sentir que el camino de mi esposo y el mío se estaba separando, sentí que empezábamos a caminar hacia direcciones diferentes, abriéndose una gran brecha en el medio. No podía comprender del todo el porqué de mi

sentir, pero no podía hacerme la desentendida y evadir mis emociones, así que me puse atenta y pedí ayuda divina en todo momento para recibir la guía que me llevara a tomar la mejor decisión para mí y para mi familia.

Y sucedió; me llegaron señales por todos lados reafirmando mi sentir, en cada momento de mi proceso hasta la toma de decisión final. Al principio, mi mente no paraba de decirme que no podía ser posible que mi alma me estuviera pidiendo romper con mi familia, eso no podría ser proveniente de la sabiduría cósmica y universal. ¿Qué lógica tendría si en el camino espiritual la base de todo es el Amor? Con esa decisión causaría mucho dolor, a mi esposo, a mis hijos y a mí misma. ¿Qué tenía que ver eso con el amor? “Esto no tiene lógica alguna...” me lo decía mi mente una y otra vez. En medio de esa lucha mental y emocional, llegaron a mí las palabras justas que mi mente necesitaba escuchar para callarse, un poco por lo menos. En aquel entonces era estudiante de Kabbalah; justo en esos días llegué a clase y el profesor lo dijo: “Aquello que no tiene lógica, es el camino”. Escuchar el mensaje tan claro, calmó mi mente, mi lucha mental desapareció y me dio la seguridad y la confianza para seguir atenta a las señales y mensajes que fueran llegando para indicarme el sendero por recorrer.

En esos meses se realizó la Feria Anual del Libro a la cual tenía mucho interés por asistir pues nunca lo había hecho y ya me la había perdido por varios años; todo se alineó para que fuera. Ya estando ahí, entre muchos stands y millones de libros de todo tipo, ya estaba por terminar mi visita, en realidad ya estaba caminando para la salida, cuando en una pantalla gigante aparece Tania Karam -canalizadora angelical- anunciando su libro “Una vida con Ángeles”. Yo sin conocerla, con tan sólo escuchar su pequeño anuncio menor a dos minutos, mi corazón saltó inmediatamente indicándome que necesitaba comprarlo. Así que

sin dudarlo, me acerqué al stand y lo compré. Dicho libro fue como un clarificador para mi mente y mi corazón; gracias a la información compartida en él, mi alma obtuvo más certeza para la toma de decisión final. Sentí que el Creador me habló literalmente a través de él; encontré palabras que parecían escritas directamente para mí. Al estar leyéndolo, me encuentro con la sugerencia que la autora hace en relación al libro “Autobiografía de un yogui”. Cuando leo esto, de nuevo mi corazón me indica con claridad que debo leer este también. Nunca había escuchado de Paramahansa Yogananda (autor del libro sugerido), no sabía quién era ni nada relacionado a él. Pues fue justo en esos días en que salió “Awake”, un documental basado en su vida; cuando vi el anuncio, supe que era una señal que me reafirmaba la indicación de la lectura del libro. Éste también fue un parteaguas en mi proceso. Así mi camino ha sido guiado mensaje tras mensaje.

Recibir señales tan claras y precisas, me genera gran tranquilidad y, principalmente, certeza. Certeza en la toma de decisiones sin saber cuál será el resultado de ellas, sólo confiando en la sabiduría celestial, lo que me permite experimentar y vivir una dicha impagable al saber que esa decisión, independientemente del resultado, va a ser la ideal para mi más alto bien, para mi desarrollo y mi evolución.

Me tomó un año tomar la decisión final, después de haberlo platicado con mi esposo, de haber ido a terapia de pareja por varios meses, de meditar, de leer libros. Todo me reafirmaba que así tenía que ser.

En ese momento de mi vida ya había logrado todo lo que me había propuesto. Todos mis planes de vida ya estaban realizados y así, sin una razón poderosa rompía con el núcleo y base de mi “seguridad”. De no haber sido por las señales tan claras, por reconocer el llamado del universo, el cual me hacía sentir guiada, acompañada, protegida, hubiera pensado y

reafirmado que estaba atravesando por un momento de desequilibrio emocional y/o mental. De hecho, cuando dimos a conocer la noticia, esa fue la impresión de muchos; yo no podía estar bien de la cabeza, no lo podían creer, nosotros éramos el matrimonio ejemplar para muchos y el saber que nos divorciaríamos les hizo perder toda esperanza relacionada al “matrimonio para toda la vida”.

Escuchar muchos comentarios al respecto, aunado a mis pensamientos, a las emociones y sentimientos encontrados, al miedo, y a tantas situaciones combinadas al mismo tiempo, no fueron suficientes para que cambiara de decisión. Eso fue sólo resultado de mi certeza traducida en una seguridad interior cargada de confianza, fe y poder, que me llenaron de fuerza y tranquilidad en la transición. La certeza se construye a través de milagros, entendiendo la palabra milagro, como aquello que puede transformar cierta realidad. Es un milagro aquello que se te presenta mostrándote el camino, es un milagro estar en consciencia, atenta para percibir e interpretar el lenguaje del universo, en apertura para dejarse guiar y llevar por el flujo de la vida. Es un milagro que la vida te traiga las experiencias exactas que tu alma requiere para su desarrollo y evolución. Todo ello se manifiesta en tu vida al tener CERTEZA. Y todo está bien. Así... salté al vacío.

Gracias por tu lectura

Si te gustaría adquirir el libro Tiempo de Brillar, lo puedes hacer en Amazon o directamente en:

<https://moniminor.com/libros/tiempo-de-brillar.html>

Tiempo de Brillar
por Moni Minor,
Psicóloga educativa y escritora

<https://moniminor.com>
info@moniminor.com

Cursos, talleres y consultorías

<https://shama.com.mx>